

vez un blanqueado y peripuesto edificio de nuestros días, ¿quién recibe otras sensaciones diferentes, quién encuentra variedad de objetos, de ideas si se quiere, al volverlo á visitar? ¿Pero cuál es el hombre que saboreó de una vez sola todas las delicadezas de una grandiosa catedral gótica? Aunque esté patente á todos, sin embargo no todos la saben gozar, pues oculta sus más deliciosos encantos con un velo que sólo pueden penetrar los ojos del espíritu. Misteriosa, profunda, al principio sólo nos manifiesta su conjunto, su todo; luégo va compartiendo este todo en conjuntos particulares, los cruza con efectos de luz, ánimalos con pintadas ventanas, sombréalos con hondas bóvedas; y cuando el alma deliciosamente se ha refrigerado con ese manjar espiritual, si así puede decirse, cuando la hemos contemplado en todos sus lados, en todos sus aspectos, sorpréndenos con la infinita variedad de sus detalles, hácenos parar delante de cada fachada, nos sonrío con sus arabescos, nos entristece con sus sepulcros, llama al órgano ó á la orquesta en su auxilio, hínchese de armonía, recógela en sus altas galerías, y con estrepitosos alaridos, ya de placer, ya de indignación, ya de humildad, ya de ternura, según es el tono de la música, derrámala sobre nuestras cabezas y nos inunda con ella, hasta que finalmente nos vence en esa lucha desigual; y al cantar su victoria ostenta la última y no menor de sus riquezas, sacude sus campanarios cuyos alegres ó majestuosos sonos estallan armónicamente en el aire y parece que con su trémula vibración anima las gárgolas, perros, serpientes, grifos y tarascas que abren sus fauces en lo alto.

Volviendo, pues, á anudar el roto hilo de nuestra relación, al dejar atrás la capilla de Santa Eulalia, sorpréndenos la Catedral con un conjunto particular quizás no el menos bello de cuántos pueda ofrecer. Ante nosotros tiéndense en toda su majestad y pompa las tres anchas naves. La principal ó la del centro muéstranos su espacioso y magnífico coro, cuyos adornos en su mayor parte son ciertamente dignos de que los estudien

y contemplen los artistas de nuestra época. Á su derecha, en primer plan, adelántase su rico y bien trabajado púlpito, cuya escalera, colocada á la otra parte, en nada le cede, si no le aventaja, en primor y delicadeza. Pero lo que mayormente constituye la belleza de esta parte de la nave es aquella especie de doseles de madera, aquellas cúspides minuciosa y delicadamente labradas, que cobijan las sillas de la grada superior, y que esculpió en 1483 *Miguel Loquer*, ayudado de su discípulo *Juan Frederic* (1). Aquellos buenos artífices alemanes dejaron con ellas en Barcelona un monumento que recordará sus nombres mientras arda un corazón amante de lo que es bello. Aunque de ningún modo pueden ponerse en cotejo con aquellas las sillas, sin embargo, por su solidez y magnificencia á la par que elegancia, debemos mencionar el nombre de *Matias Bonafé*, que las construía en 1457 (2).

Y luégo, si queremos animar aquel cuadro, trasladémonos á 5 de marzo de 1519, época en que el emperador Carlos V, entonces solamente Rey de España, celebró en nuestra Catedral capítulo general de la orden del toisón de oro. Figurémonos aquella escena, cuyos vivos y variados colores con tanta belleza resaltarían sobre las cenicientas paredes de la Iglesia: llenémosla de un inquieto mar de plumas; pongamos los trajes más exquisitos y variados, derramemos en su superficie el oro, la púrpura, el brocado, el terciopelo, los diamantes.—Resplandecen allí, sentados en las sillas del coro ricamente adornado de terciopelo carmesí Reyes, Príncipes y Barones, que acudieron de todos los países de la Europa á la voz del Sol de España, del después vencedor en la batalla de Pavía. Al lado de la gravedad alemana luce la gala y cortesanía meridional, mientras los blondos rizos y blanca y matizada faz del hijo del Norte contrastan admirablemente con la severa, morena y bien vaciada

(1) Manual del Cabildo de *tempore Ginebret*, desde 1483 á 1485, fol. 63, Art. de n.º 2, Est. n.º 6.

(2) Idem de 1457 á 1460, y libros de la obra.

testa del caballero español de aquellos siglos. Á un lado un trono cubierto de terciopelo negro con dosel de lo mismo representa al difunto emperador Maximiliano I. Y sobre todo aquel esplendor, sobre tantas riquezas, tantas coronas, tantos nobles blasones, brilla el León de España en su rico solio de brocado, como brilla el Sol naciente entre bermejas ó doradas nubes y encendidas ráfagas de lumbre. La Iglesia osténtase también adornada en obsequio de su rey, y las venerables paredes desaparecen bajo los ricos paños y preciosas colgaduras que las visten. Las naves laterales murmullan con el inmenso gentío que las llena, si es que desde los anditos numerosas damas y caballeros no están mirando la regia ceremonia. Continúa en tanto la fiesta, y adelántanse á recibir el augusto collar de la orden Cristerno, rey de Dinamarca, y Sagismundo, rey de Polonia. Tras ellos vienen á ser inscritos en las listas de aquella caballería la flor de los guerreros de España, y lo más distinguido que en armas ó blasones contienen las cortes extranjeras. Don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, don Diego Pacheco, Duque de Escalona, don Diego Hurtado de Mendoza, Duque del Infantazgo, don Iñigo Fernández de Velasco, Duque de Frías y Condestable de Castilla, don Álvaro de Zúñiga, Duque de Béjar, don Antonio Manrique, Duque de Nájara, don Fadrique Henríquez, Almirante de Castilla, don Fernando Folch, Duque de Cardona, el príncipe de Visiñano, del reino de Nápoles, don Estevan Álvarez Osorio, marqués de Astorga, Pedro Antonio, Duque de Saint-Mayr, Adriano Croy, Señor de Beauraing, Jacobo de Luzimburgo, Conde de Gaure, Filiberto de Chalón, Príncipe de Orange (1), desde aquel día añadirán á sus timbres el dorado collar de tan augusta orden.—Y entonces al estampido de la artillería que estalla en los baluartes, al armónico fragor de las músicas del interior y redoble de los parches

(1) Sandoval, *Historia del Emperador Carlos V*, 1.ª Part. Lib. 3.º § 33.—*Catálogo Real de España*, folio 118.—*Crisi de Cataluña*, pág. 198.

del exterior del santuario, á aquella mezcla de lujo y resplandor, movimiento y majestad añadamos la faja exterior, el zumbido del pueblo, cien mil trajes no menos variados y tan ricos en conjunto como los de los magnates; escuchemos aquellos cien mil ecos que retumban en las bóvedas de la nave, aquellos cien mil *vivas* que se levantan al aparecer el hombre que presidía á nuestra época más gloriosa, y que se pierden á lo lejos con el objeto que los excitaba.

Pero aquellos nobles y esforzados caballeros, que en todas partes sembraron recuerdos del arrojo español, ya no existen; pasó su época, y las afligranadas cúpulas del coro sólo cobijan sus escudos que largos siglos aún resplandecerán pintados encima del respaldo de las sillas.

Ábrense en las naves laterales numerosas capillas, pero oscuras y embrolladas en sus adornos la mayor parte. ¿Por qué se cerraron las ventanas que les daban luz? ¿por qué desaparecieron los pintados vidrios? ¿Cuál fué el escultor que las atestó de aquellas extravagancias y ridiculeces en forma de altares (1)? Quizás tengan su mérito particular, porque todo puede tenerlo si sólo se mide con el compás de los fríos preceptos, mas ¿á quién no choca aquel borrón en medio de la tersura de lo demás? ¿aquellas punzadas curvas, aquellos pesados y rechonchos juegos de rollos al lado de los ligeros ángulos y de la gracia de los arcos? Las revoluciones han atacado los edificios antiguos en su total, imparcialmente; llevados los hombres de su espantoso delirio, han derribado por derribar, delito enorme que sólo puede excusar en común la ceguedad y fiebre que á todos comunican las luchas de partidos; pero algunos artífices de nuestros días los han embestido con gravedad y sangre fría, su diploma y condecoraciones á un lado y sus libros y dibujos al

(1) «La mayor parte de los altares ó retablos modernos en el recinto del Templo sería mejor no haberlos hecho, pues, atendiendo á la razón del arte, se malgastó en ellos el dinero, y se afeó la Iglesia.» Ponz, *Viaje de España*, tomo 14, pág. 14.

otro. Han derribado para *corregir* lo antiguo, lo venerable con la frialdad, extravagancia y contraste de carácter de sus obras: han mandado y dirigido frecuentes amputaciones en las pobres catedrales, sin respeto á aquellos buenos Prelados que en ellas yacen, que dieron sus rentas para construir las, sin respeto á los Reyes y magnates que las fundaron, sin respeto á aquellos oscuros y para siempre olvidados Arquitectos góticos, que nunca tuvieron diploma ni decoraciones, y sin embargo, con el entusiasmo en su cabeza y la fe en su corazón, levantaron sobre el suelo del orbe cristiano profundas inspiraciones, monumentos que son las más bellas páginas del cristianismo (a). No que no respetemos como el que más la pureza y elegancia del *renacimiento* en su primera época,—pero una puerta moderna, un cuerpo cualquiera pegado recientemente á otro antiguo, aunque sea de orden corintio, aunque sus elegantes columnas de mármol se parezcan á airoas y bien contorneadas palmas, aunque las hojas de acanto de sus capiteles palpiten tan tiernamente entalladas que dude la vista si se mueven ó no al impulso del aire, siempre afea el total del edificio, porque ataca su lógica, porque es ageno de su carácter, destruye el símbolo, trunca la inspiración expresada en el todo y en cada parte de la fábrica: es un dorado y descubierto capacete griego ó romano en la cabeza de un ataviado y gracioso doncel del siglo xv. Y gracias aun si en sus detalles no figuran asuntos mitológicos, si hombres que se titulan cristianos no simbolizan su religión con misterios de los gentiles; gracias en fin si no reina desnudez en sus figuras, si no se ven niños regordetes, sátiros deshonestos, lascivas sirenas, desnudo y levantado su seno, última vergüenza del arte reducido á materia, que se desvió ya de su objeto primitivo—

(a) Al leer estas páginas, que cual las que siguen hasta el final del presente volumen formaban parte del tomo primero de la edición primitiva, debe tenerse presente que se escribieron en aquella época en que, como ya indicamos en la *Advertencia* preliminar, encendida la guerra civil, sufrían los monumentos terrible destrozo y el cultivo de las bellas artes yacía en lamentable decadencia.

la dignidad del género humano, la elevación del alma á la perfección posible,—adelanto en la *forma*, pero decadencia en el *concepto*, obra convertida en tipo material, dirigida únicamente á los sentidos, desterrado de ella en todas sus partes el espíritu. Mas como por desgracia nuestra Catedral no es la única que pueda lamentarse de las correcciones que el *buen gusto* hizo en su recinto, dejamos muchas de nuestras reflexiones para otro lugar, donde podamos extenderlas sin temor de incurrir en la nota de pesados é incongruentes.

Construíase la parte del trascoro en 1420, á expensas del Obispo *Sapera* (1); y en verdad, al contemplar la magnificencia de aquella entrada del edificio, desde la puerta hasta el frontis del coro, la gracia, aire y majestad del arco toral que carga sobre los dos primeros pilares, la hermosa balaustrada de encaje que orla el corredor de encima del portal y capillas de sus lados, dudamos si debemos agradecerlo con preferencia al maestro ú arquitecto de la Iglesia, ó al piadoso Prelado que con el sacrificio de sus rentas acabó el interior de una de las no menos bellas páginas del arte cristiano en España. Sus armas vense á la derecha del que entra, al lado de la puerta principal, cuyo arco en el centro sostiene una cabeza con mitra que, según es fama, representa aquel digno Patriarca. Pero ¿dónde han ido á parar sus restos mortales? Después de haber estado en varios puestos del edificio, descansan por fin en un rincón de un aposento del corredor ó ándito que hay sobre las capillas de la nave lateral izquierda. ¿Cómo en el decurso de tantos siglos no se ha levantado una voz generosa y justa para depositarlos en una tumba cual corresponde á su bienhechor y á uno de sus fundadores? Y si no se quiso ó no se pudo erigirle un sepulcro, ¿por qué al menos no se encerraron sus despojos en una miserable huesa, esculpiendo su nombre y virtudes en una lápida mezquina que los cubriese?—

(1) D. Francisco Clemente *Sapera*, Patriarca de Jerusalén.

El frontis del trascoro es un pequeño cuerpo de arquitectura dórica, en cuyos intercolumnios figuran en bien ejecutados bajo-relieves de mármol blanco varios lances de la vida y martirio de Santa Eulalia, y algunas estatuas. Dos columnas corintias guardan la puerta que está en el centro, y en los adornos, caprichos, follajes y detalles sembrados por toda la obra campea ingenio á la par que gusto fino y delicado. Es de lo más puro de la época del *renacimiento*, cuyos principios bebió sin duda con notable ventaja *Pedro Vilar* natural de Zaragoza, que lo esculpía en 1564 (1)—según la traza y plan que ideó primero Barlolomé Ordoño; pero lo afean cuatro pesados nichos, cuyas estatuas no parece se hicieron á propósito para aquel lugar.

Al empezar á hablar de los varios y bien labrados sepulcros que contienen algunas capillas, otra vez nos dolemos del descuido de aquellos tiempos que nos precisa á callar los nombres de los artistas que los construyeron. Uno de los más bellos es el de doña Sancha Jiménez de Cabrera, Señora de Noalles, con figura tendida encima, que está en la capilla inmediata á la de San Olaguer. Siguiendo las demás de aquella nave, en el lienzo de pared que media entre la puerta que conduce al claustro y la sacristía, á algunos palmos del suelo, vense dos urnas enteramente iguales de madera cubierta de terciopelo carmesí con el escudo de las barras ó armas de Cataluña. La de la derecha contiene los restos del Conde don Ramón Berenguer I *el Viejo*, y la de la izquierda los de su esposa doña Almodis, ambos bienhechores y fundadores de la antigua Iglesia. En la de San Miguel, hállase otro de pequeñas dimensiones y con figura de obispo echada. Al ver su sencillez, ¿quién dijera que yace allí el Obispo don Berenguer de Palaciolo ó de Palou, caritativo prelado, que durante la cuaresma alimentaba cada día en su palacio ciento veinte y dos pobres, al paso que lo verificaba perpetuamente con doce en el refectorio de la Catedral? ¿Quién dijera que á

(1) Manual del Cabildo de 1563 á 1564, de *tempore Francisci Sunyer*.

aquella mitra más de una vez reemplazó el ferrado casco, que aquellas manos, que ahora empuñan el pacífico báculo, blandieron la poderosa lanza, y bajo aquella capa pontifical latía un corazón guerrero? Hallóse efectivamente en el sitio de Peñíscola, con sesenta caballeros y mucha gente de á pié, en la toma de Mallorca con ciento treinta, en la de Valencia con número igual, adquiriendo en todos grandes riquezas, honores y posesiones (1), y honrado con los laureles que le procuraran su fe y sus victorias, murió por setiembre de 1241. Yace en la capilla del Patrocinio, que antiguamente se llamaba de San Nicolás. El Obispo don Ponce de Gualba, que murió en 1334, y cuyo sepulcro, sencillo y modesto, no ofrece detalle alguno que no sea muy común y regular en las sepulturas góticas.

Pero la mejor tumba que contiene el recinto de esta iglesia, y que tal vez sólo reconoce rival en la de Doña Sancha Jiménez de Cabrera, es la del Obispo D. Ramón Escalas (2) en la capilla de los Inocentes, al lado de la puerta de la Inquisición (b), extremidad del crucero. La figura de grandor algo mayor que el natural, que yace sobre la urna, viste un ropaje tan primorosamente trabajado, que sólo el tacto, por decirlo así, puede discernir si es mármol ó si es bordado efectivamente. Alábase en algunos bellos sepulcros modernos el carácter triste y lúgubre de toda la obra, que no se ve desmentido en el más leve de sus detalles, los cuales por todas partes contienen alegorías adecuadas al asunto, ó fúnebres guirnaldas de adormideras y mortíferas adelfas. Pero ¿acaso no valen tanto como todas las alegorías aquellas figuritas que guardan las tumbas góticas, aquellas caras contraídas por el dolor, aquellos graves ancianos abismados en la meditación, finalmente aquella expresión de tristura, majestad y reflexión sellada en ellas? El sepulcro de

(1) *Libre de coses assenyalades*, libro 1.º, cap. 108. Archivo municipal (a).

(2) Murió á 24 Julio de 1308, según Aymerich.

(b) También llamada de San Ivo.

(a) Se ha publicado este curioso libro en Barcelona el año 1878.

que hablamos es admirable en este particular. Casi en el centro, vese una figura que entristece y da temor, y que á primera vista no se puede calificar de hombre ó mujer, de joven ó anciano, de espectro ó realidad: los anchos pliegues de su vestido, ocultando sus piés y sus manos, sólo presentan una masa grave y severa; únicamente la extremidad de su barba asomando debajo del sombrío capucho que oculta lo demás de su rostro, indica ser un hombre. Otros esconden con su ancha manga toda su cara, y dejan ver sólo dos fruncidas cejas que sombrean sus tristísimos ojos. Nada de desnudez;—toda su belleza consiste en la magnificencia y anchura del ropaje, y en el majestuoso juego de los pliegues.

Inmediato á esta capilla, encima el portal de la Inquisición hace resonar sus cien trompetas el órgano, que si tuviese que cifrar todo su mérito en la sola forma y no en el sonido, ciertamente ningún lugar ocuparía en el elogio del santuario. Al contemplar aquellas sonoras flautas, al escuchar aquellos dulces y pianos acentos, de cuando en cuando interrumpidos por algún grave bajo, que llenan el silencio y majestad de los actos religiosos, mientras tal vez de repente braman fortísimo todas las trompetas, rodando sus sonos con estrépito y algazara, cual si fueran el pueblo que responde; cuando vemos cómo se estremecen, juegan y crúzanse las consonancias bajo las hábiles manos que ahora pulsán sus teclas; pensamos en tantos pobres organistas que por ellas habrán pasado las suyas, en tantas almas religiosas que, al acompañar los cantos de la Iglesia, se embelesaron quizás á sí mismas con la monótona armonía que arrancaban al instrumento, y que ahora se encenderían en placer y entusiasmo si pudiesen oír por un instante algunas consonancias, un leve trozo de algún oratorio del príncipe de la armonía, del divino *Haydn!* Y entre tantos, uno encontramos famoso por la tradición y testimonio de sus contemporáneos, que le apellidan gran músico, diciendo en su idioma catalán que:

«..... mols musichs venien de Italia, de Fransa, de tota Spanya y finalment de tot lo mon ahont y havie homens habilis de música sols per veurer y provar

»si los fets del dit canonge *Pere Alberth Vila* eran tant com la fama n' era divulgada per tota la cristiandad, y apres com sen anaven deyen que en tot lo mon no hi havie musich que se li pogues igualar y que lo que ell feya en la música era imposible creurerho que no ho vessen, que perventura havie doscents anys que tal habilitat de home no era estada en lo mon, lo qual no sols era habil en la música de tecla, mes encara de tota quanta música se fos inventada fins lo dia present ne sabia la prima y era lo mes habil.....»

El buen *Pedro Juan Comes*, que esto escribía en su *Libre de coses assenyalades* (1), así lo creería sin duda, llevado de su celo y amor á todo lo que era glorioso para su patria: pero además de sus buenas cualidades como músico, además del mucho amor á su arte que supone el honrarse con la profesión y título de organista, cuando podía envanecerse con el de Reverendo Canónigo; atribúyete *Comes* algunas otras prendas y condiciones, que son las que más á su favor nos mueven y de que no pueden vanagloriarse quizás muchos artistas de nuestros tiempos. Oigamos lo que con su sencillez acostumbrada dice después el escritor catalán:

«..... y era tanta la sua humilitat per esser lo unich de la música que quis vulla que volgues apendre dell non volia ninguna cosa, lo qual fonch causa que en estas temporadas y ha de molts bons musichs que per sa pobresa no ho foren poguts esser.....»

En su vejez, á pesar de sus achaques, á pesar de la dolencia que casi le impedía andar, siempre le vieron solícito y diligente subir al órgano, cuya escalera por cierto no deja de ser pesada y difícil para los que no llevan consigo el peso y enfermedades de los años. Pero la muerte, *envidiosa*, como dice Juan Comes, *de que estuviese entre los hombres sujeto tan hábil*, llevósele á mejor vida á 16 de Noviembre de 1582, cuando contaba sesenta y cinco años de edad.

La fachada de la puerta lateral de la Inquisición, no presen-

(1) Lib. 4.º, Cap. 42, fol. 596—97.